

diríamos que siempre, casi siempre, da, con poética exactitud, en el blanco que busca.

JUAN LOVELUCK

<https://doi.org/10.29393/At412-47FNJL10047>

La frustración del novelista Jaime Mendoza y otros Ensayos, de GUILLERMO LORA (*Crítica irreverente*). La Paz: Talleres de Editorial "16 de julio", Ltda., 1964 (126 pp.)

EL MOVIMIENTO literario —creación y análisis— que se origina en Bolivia es, por lo general, de difícil acceso aun para el más paciente cazador de libros. A la sabida condición de mediterraneidad de la nación vecina súmase, con signo negativo, un movimiento editorial más bien escaso. Es posible que nos equivoquemos y que nuestro juicio se invalide por el exiguo conocimiento que alcanzamos de un proceso literario que no suele traspasar sus límites nacionales. Enfrentamos una condición deplorable en el avance de nuestras literaturas, digna de tratarse en la solución práctica más que en el lamento de sus limitaciones: los libros de edición hispanoamericana —con la excepción de los producidos en México y Buenos Aires— tienen una más que restringida circulación. Es éste un problema cuyas consecuencias, proyectadas largamente en el desconocimiento de las letras iberoamericanas, requiere pronto de algunas soluciones que vayan más allá de las ensayadas hasta ahora.

Empieza Guillermo Lora, en la introducción de su libro, por presentar varias limitaciones de la crítica literaria boliviana. No todos son, en verdad, asuntos de marco nacional; pueden extenderse al caso de otras literaturas que sufren de parecidas dolencias. Como se trata de una "crítica irreverente", la idea inicial es la siguiente: "se puede decir, de un modo general, que en Bolivia está ausente la verdadera crítica literaria", o no tiene hoy los alcances que le dieron Moreno, Vaca Guzmán, Oblitas o Medinaceli. El autor dirige sus fuegos contra varios frentes y remece los pedestales de muchas figuras acostumbradas al incienso de las consagraciones. La actitud desconfiada de Lora frente a la crítica literaria de su país corresponde, asimismo, a un fenómeno continental que, después de 1950, se puede señalar tanto en la revisión de los creadores como en la que afecta a quienes cumplen una función estimativa. Actitud, por otra parte, necesaria frente a los ídolos nocivos. En el caso de Chile, por ejemplo, no puede desconocerse lo que Fernando Alegría anota en un reciente estudio aparecido en Caracas en torno a los nuevos novelistas nacionales: cierto sector de la crítica chilena enjuicia a nuevos y novísimos con esquemas analíticos pensados y utilizados con mejores frutos cuando se trataba de contemporáneos de la generación del 98 o de "centenaristas" hispanoamericanos. No se puede aplicar a una novela de José Donoso o de Jorge Edwards los esquemas críticos que sirvieron para justipreciar a Pedro Prado o Mariano Latorre, hace cuarenta años. Los nuevos escritores necesitan de la observación que tome en cuenta, sin exagerarlo, su ámbito de formación, las preferencias de sus lecturas, su esquema de sensibilidad.

El libro de Guillermo Lora enjuicia a dos autores importantes en el desarrollo de la literatura narrativa de Bolivia: Jaime Mendoza y Nataniel Aguirre. El primero, muy poco conocido en la actualidad, fue uno de los iniciadores con el brasileño Alberto Rangel, de la "novela de la selva" en Iberoamérica. (Sería conveniente que la crítica rescatase la significación de uno de sus libros, *Páginas bárbaras*). En uno de los estudios más acuciosos que se han publicado sobre el relato hispanoamericano, la *Historia de la novela hispanoamericana*, de Fernando Alegría (segunda edición, México, 1965), Mendoza no figura. Tampoco Nataniel Aguirre.

Lora, en su ensayo —el más extenso del libro: pp. 15-71— se refiere sólo a *En las tierras del Potosí*, publicado en 1911, con prólogo de Alcides Arguedas. Por él mereció Mendoza el calificativo de "Gorki boliviano" que le aplicó Rubén Darío en un artículo de *Mundial Magazine*. Lo importante es, parece razonar Lora —y no es sin razón— derrocar estas frases peligrosas cuando carecen de un pedestal de realidad que las sustente. La tesis del autor es que *En las tierras del Potosí* "es una novela frustrada porque no alcanza a traducir la vida, la tragedia y el heroísmo de los mineros y menos los estremecimientos dolorosos del proceso de proletarización de parte de la arruinada clase media. Las causas últimas de esta transformación pueden quedar implícitas en los hechos relatados o ser simplemente insinuados; su nítida definición no es misión obligada del novelista. Mendoza se pierde en la descripción de nimiedades e ignora los grandes hechos, que se confunden con los intereses colectivos y se convierten en nacionales" (p. 23). Según Lora, Mendoza perdió la oportunidad de "dejar-nos un valiosísimo documento sociológico en forma novelada" (p. 24), al no revelar en su obra lo ocurrido en Sucre con el advenimiento del siglo xx, al ser sustituida la riqueza argentífera por el estaño y producirse la emigración de la clase media a nuevos centros mineros, como Llallagua. En esa falta de visión, perdió Mendoza la posibilidad de expresar, por ejemplo, el encuentro de la clase media chuquisaqueña con el elemento indígena que estaba en las minas.

Como vemos por la síntesis anterior, Lora asume una posición bastante común en ciertos sectores de la crítica: señalar lo que el autor *dejó de decir* de acuerdo con *nuestra* visión —generalmente mejorada por mayor perspectiva— del asunto novelado; por otra parte, exigirle al novelista la función de revelador de un estado social, de una forma de realidad que ha de devolverse en un verdadero "documento", en una indagación de naturaleza sociológica, es debilidad vieja entre nosotros, a la que nos acostumbró Zola con su teoría y práctica de una literatura concebida sólo como documento en que han de basarse futuras reformas y acomodaciones de la sociedad. Toda la novela de Hispanoamérica podría ser puesta en el banquillo si con perspectiva de hoy juzgamos lo que dejó de decir la que se escribía hace sesenta años. Lo que importa es la revisión como acto justiciero.

También repara Guillermo Lora en la actitud de Mendoza frente al paisaje, así como en la falta de revelación de la épica solidaridad del que

trabaja en los túneles de la mina: "Se tiene la impresión de que Mendoza viajó con los ojos cerrados. La grandiosidad del paisaje es sustituida con la descripción cansadora de pequeñeces" (p. 30). La ausencia del minero y de la representación plena de su existencia en una "pretendida novela social y equivocadamente considerada como un vigoroso alegato en favor de los explotados de las minas" (p. 41), es otro elemento que Lora toma como apoyo para mostrar la "frustración" de Mendoza como novelista. Asimismo, el hecho de que, habiendo sido médico de las empresas mineras, no tratase en su ficción el dramático problema de los silicosos.

Al enfrentarse con Aguirre y *Juan de la Rosa*, recoge el autor algunos juicios decimonónicos en que se formula la alabanza del estilo del narrador boliviano. Nos indica que esto es "un aspecto secundario", para destacar, líneas más adelante: "Tiene que subrayarse que se trata de un valioso documento histórico y sociológico" (p. 76). Vemos así, con claridad, las definidas preferencias literarias del crítico, sin duda muy distantes de lo que a otros interesa por sobre el elogio documental. La cita anterior podría amplificarse en su sentido con ésta: "Un buen escritor busca reflejar fielmente la realidad". Una sola pregunta podría desarticular el sentido del aserto: ¿cuál realidad? O, ¿qué aspecto de la realidad: la de fuera, la que acopiamos con el mero trabajo de recolección que hacen nuestros sentidos, o la que hurga en las profundidades de la conciencia, la que interesó a Cervantes y a Dostoiewsky? Un ensayo de Anderson Imbert, que comentamos en otra nota, podría plantear muchas respuestas a cuestión tan ardua y empinada.

En general, el ensayo sobre Nataniel Aguirre resulta áspero de leer, borroso en sus perfiles y atiborrado de citas históricas y de novelistas que no hay modo de encajar en el texto. Y en suma, el autor que Lora quiso encomiar se queda sin un dibujo eficaz, mientras Mendoza no logra ser quitado del todo de su pequeño pedestal.

JUAN LOVELUCK

El Quijote como figura de la vida humana, de JOSÉ ECHEVERRÍA.
Ediciones de la Universidad de Chile, 1965

AL TÉRMINO de 1965 apareció publicado este libro del profesor Echeverría, que viene a agregarse a la ya amplísima bibliografía del *Quijote*. Se trata de un ensayo interpretativo de la obra cervantina, cuyo sentido queda implícito en el título mismo: "El Quijote como figura de la vida humana".

Conforme a un bien organizado plan, el profesor Echeverría inicia su estudio partiendo de la tesis de que el *Quijote* es una novela hermética. Al emplear este término, deja en claro que se refiere "a la pluralidad de sentidos que la obra ofrece y que sólo se revela al lector paciente, amante, y a fuer de amante lúcido, tras la primera apariencia, que Cervantes